

# “Sellaremos con sangre la historia”.

## Discurso y práctica de la violencia política en el socialismo chileno (1931-1941)<sup>1</sup>

"We will seal history with blood".

Discourse and practice of political violence in Chilean socialism (1931-1941)

Raúl Muñoz Hernández<sup>2</sup>

Francisco Sáez Muñoz<sup>3</sup>

Recibido: 24 de agosto de 2023. Aceptado: 15 de marzo de 2024.

Received: August 24, 2023. Approved: March 15, 2024.

### RESUMEN

El presente artículo tiene como principal objetivo exponer los cambios y continuidades de la violencia política en el discurso y práctica del socialismo chileno entre 1931 y 1941. A través del análisis de prensa oficial y folletos partidarios, identificamos que la violencia formó parte de su método de acción y discursivo hacia diversas metas políticas. Lo anterior, transitó en tres principales focos: 1) la conquista del Estado a través de la acción directa; 2) la autodefensa partidaria e institucional frente a la aparición del fascismo; y 3) la comprensión de la violencia como una herramienta para alcanzar sus objetivos políticos.

**Palabras clave:** Socialismo, Violencia Política, Milicias, Fascismo.

### ABSTRACT

The main objective of this article is to expose the changes and continuities of political violence in the speech and practice of Chilean socialism between 1931 and 1941. Through the analysis of official press and party leaflets, we identify that violence was part of its method of action and discourse towards different political goals. The aforementioned transited in three main focuses: 1) the conquest of the State through direct action; 2) party and institutional self-defense against the emergence of fascism; and 3) the understanding of violence as a tool to achieve their political objectives.

**Keywords:** Socialism, Political Violence, Militias, Fascism.

- 
- 1 Artículo desarrollado en el marco del Proyecto FONDECYT Regular N°1212034: “La formación del Partido Socialista de Chile. Militancia, conflicto y cultura política, 1932-1953”.
  - 2 Chileno. Licenciado en Historia, Universidad de Chile. Magister en Historia, Universidad de Santiago de Chile. Correo electrónico: raul.munoz.h@usach.cl.
  - 3 Chileno. Licenciado en Historia, Universidad de los Andes. Magister en Historia, Universidad de Santiago de Chile. Correo electrónico: francisco.saez.m@usach.cl.

## Introducción

En el último tiempo, y más aún en el contexto de los 50 años del Golpe Militar de 1973, se ha reiterado una tendencia de catalogar, de manera exclusiva, a la década de 1960 como una marcada por la excesiva radicalización y violencia política. Con ello se ignora que la historia nacional se ha caracterizado por el conflicto, la violencia y la utilización de esta como una forma de resolver las disputas entre la elite, la burguesía y la clase obrera. Desde aquella perspectiva, es plausible afirmar que la caracterización dada a dicho periodo no es muy distinta a los primeros decenios del siglo XX, específicamente las décadas de 1920 y 1930, cuando el país experimentó un importante proceso de militarización de la política. La violencia fue un rasgo característico de la política nacional.

La década de 1930 experimentó una crisis de la democracia liberal imperante, permitiendo el surgimiento de diversos grupos políticos que combatieron por el poder como el fascismo, el socialismo y el comunismo. Dentro de estos grupos políticos, el presente trabajo se enfoca en la posición del socialismo chileno<sup>4</sup> entre 1931 y 1941. Considerando la propuesta analítica dada por Eduardo González Calleja (2002, pp. 16-23), la violencia debe “ser estudiada como un hecho social discriminado” en un contexto determinado, en tanto, que “la violencia no puede ser tratada como un hecho sin sentido, sino que debe ser entendida en primer lugar como una acción simbólica y con significado”. Tomando en cuenta ello, nuestro principal objetivo es exponer la presencia de la violencia política en el discurso y la práctica del socialismo chileno en aquella década, indagando qué sentido le daban y cómo fue mutando o manteniéndose en los distintos procesos históricos que vivieron. Para exponer esto, la prensa utilizada serán órganos de difusión oficial del Partido Socialista, fundamentalmente el *Consigna* considerando que su distribución se realizaba en gran parte del país, al ser entendido como un medio que plasmaba la posición oficial del Comité Central y, por ende, del partido. Esto lo complementaremos con periódicos oficiales de carácter local (como *Ruta*, perteneciente a la seccional de Antofagasta, o *Acción*, de Santiago), folletería e intervenciones parlamentarias que se refirieron al problema de la violencia durante nuestro periodo de estudio.

Si bien, se observa un auge en los estudios relacionados a la violencia política nacional (Bravo y Pérez, 2022; Goicovic, 2021; Goicovic, 2022; Goicovic, et al., 2013; Goicovic y Vasallo, 2018; McEvoy y Cid, 2021; Pozzi y Pérez, 2012), los trabajos referidos específicamente a la relación de la violencia y el socialismo chileno son escasos. Es posible mencionar el trabajo de Igor Goicovic (2017) centrado a estudiar la discrepancia o debilidades entre la retórica revolucionaria y el ejercicio de la violencia revolucionaria en el Partido Socialista de Chile (PS) entre 1965 y 1973. Respecto a la década de 1930, los principales estudios sobre la violencia política socialista se han centrado específicamente en la descripción o análisis de los enfrentamientos existentes entre las Milicias Republicanas, nacistas, comunistas y socialistas (Bonnassiolle, 2016; Schnake, 2019; Venegas, 2022a; Venegas, 2022b). En cuanto a los trabajos referidos a las Milicias Socialistas, encontramos el célebre estudio de Verónica Valdivia (1993), quien propone entender la violencia como una herramienta destinada a frenar el avance del fascismo, materializado en la

---

4 A lo largo del presente trabajo se entenderá por socialistas tanto a las colectividades que formaron el Partido Socialista en abril de 1933 como a sus propios militantes. Por tanto, los términos Partido Socialista y socialismo chileno serán utilizados indistintamente.

Milicia Republicana y las Tropas Nacistas de Asalto, y para robustecer al partido como canal de expresión de las clases obreras a favor de sus intereses políticos y acceso al gobierno. El trabajo más reciente centrado en la violencia en el socialismo de los años 1930 fue realizado por Diego Venegas Caro (2022a), quien analiza la influencia que tuvo la violencia en la construcción de los imaginarios políticos de las juventudes socialistas y su evocación a los mártires de la causa.

A pesar de lo expuesto, todavía no se ha elaborado un estudio que explore la evolución de la teorización y práctica de la violencia política socialista en su proceso de formación e institucionalización como partido. Al respecto, planteamos que, pese a la diversidad de tendencias que poseían los distintos grupos que integraron este partido, es posible encontrar puntos en común en la teorización de la violencia como parte de su proyecto, su método de acción y discursivo hacia diversas metas políticas, como lo fueron la conquista del poder, la defensa ante la aparición del fascismo, y como una herramienta para alcanzar y mantener vigentes sus objetivos políticos a fines de la década de 1930. De tal forma, durante este periodo, los socialistas fueron variando su visión sobre la utilización de la violencia como un medio de acción política legítima o necesario en virtud de la coyuntura que experimentaban.

Como ha destacado Julio Aróstegui (1994), el término “violencia” concentra extensas prácticas, conductas y acciones arduos de catalogar, pero que se especifica en el conflicto, en una relación de causa-efecto, entre diversos actores, sea de una posición «horizontal» (entre grupos del mismo nivel frente al poder) o «vertical» (entre grupos ligados al poder y grupos en oposición a él). En lo respectivo a nuestro estudio, la violencia responde a una estrecha relación entre esta y la actividad política, comprendiéndola como un método de acción que responde a una lucha por la conquista del poder o la mantención de este. En esta línea, hacemos uso del concepto de “violencia política” como el empleo o la amenaza del uso, consciente o no, de la fuerza física y verbal para dominar espacios de poder político. Para ello, destacamos lo que Eduardo González Calleja (2002, pp. 270-271; 2017, pp. 94-95) define como violencia política deliberada. La manifestación violenta es política, según el autor, cuando tiene por objetivo principal obtener el control o lograr el reordenamiento de los espacios de poder político, así como también manipular las decisiones en parte o la totalidad de las instancias del gobierno y, en último extremo, la conservación, reforma o conquista del Estado. Por otra parte, no todas las acciones de violencia política incluyen aspiraciones inmediatas de poder, pues también se observan luchas “horizontales”, las cuales son libradas entre individuos o grupos que compiten por el control de recursos similares en una fase previa al momento en que están en una posición que les permita desafiar o confrontarse con el gobierno.

## Los primeros grupos socialistas y la violencia

La violencia estuvo constantemente presente para el contexto político nacional de las décadas de 1920 y 1930. Además de considerar los golpes militares ocurridos entre septiembre de 1924 y enero de 1925, y la Dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931), se observa la materialización de grupos paramilitares por parte de la derecha radical. La creación de “guardias blancas” o ligas cívicas con la justificación de combatir el populismo, el comunismo, el socialismo o la intervención de un sector militar contagiado con dichas ideas políticas, reflejaba, a juicio de Verónica Valdivia (2016, 2020), la militarización de la política y de la derecha en particular en este contexto.

Una mirada a la documentación presente en el Fondo de la Intendencia de Santiago en el Archivo Nacional, expone la gran cantidad de solicitudes de portar armas por parte de ciudadanos comunes, debido a la inseguridad presente durante la administración de Juan Esteban Montero (1931-1932) (ANCh, FIS, vols. 790, 792, 801, 805). Debido, principalmente, a las complejidades de la crisis económica e institucional presente en el país tras la caída de Ibáñez, el periodo correspondiente al gobierno de Montero presentó las condiciones para la formación de constantes conspiraciones golpistas y movimientos revolucionarios, como la Sublevación de la Marina, en septiembre de 1931, y la “Pascua Trágica”, en diciembre del mismo año (Goicovic, 2021; Valdivia, 2017; Meneghello, 2012). Desde aquel momento, los conceptos de violencia y revolución comenzaron a ser parte del discurso de algunos sectores socialistas.

Dentro de estos grupos socialistas surgidos tras la caída de Ibáñez, podemos encontrar a la Nueva Acción Pública (NAP), Partido Socialista Marxista (PSM), la Orden Socialista, el Partido Socialista Unificado (PSU) y la Acción Revolucionaria Socialista (ARS), los cuales tuvieron una gran participación en el periodo de la República Socialista de 1932 y, posteriormente, en la fundación del PS en abril de 1933.

Ahora bien, dentro de las agrupaciones socialistas que debatieron o plantearon nociones en torno a la violencia y la revolución encontramos al Partido Socialista Independiente (PSI) –antecedente directo del PSU– y la ARS. Ambos, en sus respectivas declaraciones de principios, se mostraban a favor de la violencia, aunque con ciertos parámetros: esta siempre debía permitir el establecimiento de la civilidad en el gobierno. Para el PSI, la “revolución” era sinónimo de transformación; para la ARS, era organización y construcción, por tanto, para ambas organizaciones, esta debía ser preparada con anticipación y poseer una justificación intelectual (Partido Socialista Independiente, 1931, p. 19; Acción Revolucionaria Socialista, 1932, p. 6). Pero ¿qué les justificaba? A juicio del PSI, aunque consideraban que “los medios violentos son generalmente estériles [y] muchas veces contraproducentes”, había ocasiones en que la acción violenta individual y colectiva era justificada por la coerción, la usurpación del derecho y dignidad ciudadana del hombre y el atropello de las libertades, aspectos que, a juicio del conglomerado político, caracterizaban a la administración radical de entonces (Partido Socialista Independiente, 1931, p. 19).

La diversidad en cuanto a la visión de la violencia fue variando según el grupo socialista a examinar. Así, observamos a los socialistas marxistas, quienes apoyaron el momento revolucionario que representó la sublevación de la marina, pero que mantuvieron un férreo apoyo a los medios legales a la conquista del poder, considerando la vía electoral como un medio para disciplinar y organizar la militancia previo a la pronta toma del poder (“El Partido Socialista a las Clases Productoras”, Santiago, ca. Agosto 1931. ANCh, FVMH, vol. 1327, f. 21; “Manifiesto al país”, septiembre de 1931, ANCh, FVMH, vol. 1327, f. 11).

Dentro de la NAP también es posible encontrar a personajes que entendían la utilización de la violencia como un acto político. Eugenio Matte Hurtado, fundador y líder de aquella facción, durante la década de 1920, consideraba que la violencia instrumentalizada de los sectores populares (huelgas o motines) se justificaba por la represión y desgobierno que entregaba la administración de Arturo Alessandri Palma (1920-1925). A su juicio, el principio de autoridad de un gobierno no podía descansar “exclusivamente sobre la fuerza, sobre el sable o la carabina”, sino también ante la equidad y el derecho. En este sentido sólo el Estado podría calmar

las animosidades violentas de la sociedad (Meneghello, 2010, pp. 41-43 y 172). Mediante la formación de la NAP, en 1931, la militancia se definía como una asociación “civilista” que defendía el pragmatismo por sobre la teoría. Bajo aquella idea, entre agosto y septiembre de 1931, el napismo se identificaba como defensores de un reformismo estatal bajo la vía electoral y no la toma violenta del poder (“Mensaje al pueblo de Chile de la Nueva Acción Pública”, agosto de 1931, ANCh, FVMH, vol. 1327, f. 26). Aquello, sin embargo, fue mutando con el pasar del tiempo, considerando que, a juicio de gran parte de sus militantes, la realidad y las necesidades de los individuos, incluso la ética cambiaba y el socialismo debía adecuarse con estos.

Esta defensa al civilismo lo encontramos presente en dos importantes declaraciones públicas realizadas por la NAP. La primera, de septiembre de 1931, en donde aseveraban que junto a “amar” el civilismo, se encontraban resueltos a mantenerlo a como dé lugar con la idea de repartir la justicia y libertad efectiva para los habitantes del país (El Mercurio, 03 de septiembre de 1931, p. 14). Mientras que, la segunda, publicada en vísperas del golpe, el 3 de junio de 1932, Matte denunciaba la pérdida de civilidad frente al gobierno de Montero al ser este un mandato represivo y reaccionario. Ante eso, dice el napista, “el pueblo [...] sabe muy bien que su peor enemigo – la reacción organizada – continúa entronizándose en La Moneda [...] sabe muy bien que el decantado civilismo, ese civilismo que apalea, encarcela y masacra, no pasa de ser una máscara con la cual pretenden otra vez seguir gobernando” (Meneghello, 2010, p. 230).

Una visión levemente distante se dará desde el PSU, quienes consideraban que la implantación del socialismo en Chile dependía necesariamente de la intervención de un movimiento revolucionario organizado. Según el secretario general del PSU, Armando Corvalán Quezada, la izquierda revolucionaria y las organizaciones de trabajadores no podían realizarla. En un sentido casi premonitorio, en una conferencia dada en la Universidad Carlos Marx, en mayo de 1932, Corvalán se preguntaba: “¿quiénes harían posible el brusco sacudimiento, o sea el acto violento fatalmente necesario para que el proletariado entrase en este ciclo revolucionario? Se ve claramente que la única fuerza capaz de afianzar una tentativa contra el Poder Político del Estado es el Ejército” (Corvalán, 1932, pp. 26-29).

Es necesario considerar que, aunque socialistas se mostrasen contrarios al militarismo por la inevitable cercanía que poseían estos con la recién caída dictadura de Ibáñez, se encontraban inmersos en lo que Hernán Ramírez Necochea denomina un “mesianismo militar”. Según el historiador, esta noción respondía a una creencia en donde veían a los militares como actores políticos llamados a entrar a un terreno que, hasta entonces, sólo pertenecía a la oligarquía (Ramírez Necochea, 1985, pp. 160-161). Desde la coyuntura de 1924 y 1925, la oficialidad joven fue proclive a un modelo estatal intervencionista y se acercó a los discursos anti oligárquicos que postulaban los grupos de izquierda, principalmente los socialistas, con quienes poseían contactos previos (Díaz, 2002). Siguiendo la argumentación de Loreto Pérez (2012, p. 46), esta cercanía nos permite considerar una de las variadas “expresiones de descontento” de las Fuerzas Armadas respecto del grupo político imperante que se materializó con su arrimo al socialismo. Ahora bien, ¿qué influyó en los socialistas respecto a considerar una intervención militar como un medio legal hacia la toma del poder? A la par de este mesianismo militar, es posible considerar los efectos que tuvo el fracaso de la Pascua Trágica en la visión de los conspiradores contra Montero. Tomando en cuenta la idea de etapismo revolucionario napista, donde los métodos de acción política debían adecuarse a las circunstancias entregadas por el contexto histórico, tras los sucesos de diciembre de 1931, “era claro que los civiles por sí

solos no serían capaces de llevar a cabo un Golpe de Estado” (Meneghello, 2005, p. 115). Los militares, en este caso, se convirtieron en un instrumento de acción política para desarrollar la revolución anhelada. Esto es visible en una entrevista realizada a Eugenio Matte respecto del rol de los militares en la Revolución Socialista, el cual, a juicio del napista, respondía al pleno concepto de su responsabilidad de proteger la integridad nacional corrompida por la fuerte intromisión del capitalismo extranjero presente en la administración de Montero (Devés y Díaz, 1987, p. 221). En definitiva, ambos actores políticos se unieron frente a la incapacidad de la clase política para resolver la crisis que experimentaba el país, dentro del marco institucional. Por tales motivos, los militares fueron considerados los instrumentos perfectos para resolver el conflicto en torno al robustecimiento del Estado. En palabras de Verónica Valdivia (2000, pp. 158-159): “La oleada militarista terminó convenciendo a la clase política que las reformas eran un precio mínimo a pagar para lograr la estabilidad institucional o, en el caso de la izquierda marxista, para avanzar en la creación de la sociedad socialista del futuro”.

Es bajo este sentido teórico en el que se enmarca el golpe de Estado del 4 de junio de 1932.

## La República Socialista de los Doce Días

Muchos de los partidarios del proyecto de los Doce Días justificaron y presentaron el proceso como uno limpio de violencias y odiosidades. La historiografía socialista ha afirmado que la característica esencial de la República Socialista fue tomar el poder sin un derramamiento de sangre de por medio (Cruz Salas, 2022, pp. 9-14). No obstante, las fuentes demuestran lo contrario. La prensa de la época informa la presencia de un grupo conformado por “cerca de mil quinientos jóvenes de la Guardia Blanca”, quienes trataron de impedir que el Golpe se concretara. Otro grupo de particulares incendiaron algunas bombas de bencinas ubicadas entre Alameda y Teatinos, cerca del Palacio de La Moneda, provocando enfrentamientos entre ciudadanos, carabineros y miembros de la Guardia Blanca, quienes “sacaron sus armas y dispararon al grupo”. De estos sucesos resultaron 3 fallecidos y 68 heridos (Crónica, 04 de junio de 1932, p. 2; La Mañana, 05 de junio de 1932, p. 5; El Nuevo Sucesos, 07 de junio de 1932, p. 2).

Gran parte de la Junta buscó desmarcarse del carácter violento del Golpe. Marmaduke Grove relacionaba la violencia con el comunismo y, por ende, catalogaba a la Junta como un ente que salvaba al pueblo del “caos de la violencia comunista y [de] la tragedia de la revuelta social” (La Nación, 11 de junio de 1932, p. 9; La Mañana, 06 de junio de 1932, p. 2). Para la congregación del 12 de junio, Eugenio Matte aseveraba que el levantamiento socialista no era un mero cuartelazo “ni una brusca imposición de la violencia” de las fuerzas armadas, pues respondían a una demanda y voluntad popular (El Mercurio, 13 de junio de 1932, p. 10). Incluso, para 1933, el entonces senador socialista afirmó que ninguna revolución “había ofendido menos la constitucionalidad y legalidad [...] que la del 04 al 16 de junio” (Meneghello, 2010, p. 241).

A pesar de todas las justificaciones entregadas por los socialistas, lo acontecido el 04 de junio de 1932 fue un episodio violento. González Calleja (2002) afirma que el golpe de Estado representa una focalización de la violencia en la toma del poder constituido o la anulación de un adversario político. En este caso, el golpe de los socialistas fue una llamada a la desarticulación de los partidos históricos, quienes le habrían obligado a llegar a tales momentos. En su manifiesto, estos aseveraban: “El desorden de las fuerzas económicas, la crisis de los valores

morales y el juego mezquino de los partidos, ponían la Nación ante un dilema: O EL DESASTRE FINAL O UN CAMBIO DE RÉGIMEN” (La Mañana, 05 de junio de 1932, p. 5. Énfasis en el original).

Durante este periodo, la Junta intentó mantener el monopolio de la violencia prohibiendo, desde el primer día, la presencia de toda institución civil armada y requisando las armas de individuos que “atenten contra la actual República Socialista de Chile” (La Mañana, 05 de junio de 1932, p. 5; 06 de junio de 1932, p. 1). Pese a ello, diversos grupos populares y de ambos espectros políticos acrecentaron los sentimientos violentistas. Muchos de los adherentes a la Junta buscaron formar guardas revolucionarias con el fin de defender al Gobierno de las guardias reaccionarias. Militantes del Partido Radical Socialista llamaron a prepararse para defender “si es necesario con las armas” al gobierno; la NAP emplazaba a sus militantes a prepararse en la construcción y defensa popular del gobierno del pueblo; mientras que el PSM solicitó a Grove la creación de una Guardia Revolucionaria integrada por militares y obreros adherentes a la Junta. Todos estos planes fueron desechados por ella, pues afirmaban tener el “apoyo incondicional” de las Fuerzas Armadas (La Nación, 08, 10 y 11 de junio de 1932; Charlín Ojeda, 1972, pp. 763-765).<sup>5</sup>

Tras el aumento de los rumores de sublevación contrarrevolucionaria debido a la expulsión de Carlos Dávila de la junta y el intento de golpe realizado el 12 de junio, incentivó a que el 14 de junio el Consejo de Estado de la República Socialista discutiera respecto a la creación de milicias populares. Según relata Charlin, la idea buscaba entregar armamento y municiones a determinados sindicatos obreros de confianza. En el relato, Matte y los demás miembros de la NAP habrían apoyado dicha idea, siendo Grove uno de los principales opositores debido a considerar que con la creación de milicias se ofendía a las instituciones armadas, dudando de su capacidad y lealtad para con el gobierno, además de destruir la imagen institucional del Estado al duplicar la legitimación del uso de la violencia (Arrate y Rojas, 2003, p. 154; Charlin, 1972, pp. 764-765). La idea de armar al pueblo tensionaba a la Junta, considerando, incluso, que miembros relevantes de esta, como Matte Hurtado, creían en que la revolución debía legitimarse bajo un férreo apoyo popular, más no por medio de las armas (Valdivia, 2017, p. 250; Meneghello, 2010, p. 279). Según recuerda el mismo Charlin, aunque esta idea no prosperó, Grove si se mostró arrepentido de no haber armado al pueblo al haber sido traicionado por Dávila y el ejército (Sagredo, 1998, p. 449).

Finalmente, la experiencia violenta de la República Socialista quedó en la memoria de estos grupos y una vez fundado el PS, este fue tradicionalmente relacionado con el carácter “violento” del suceso como también considerado como un partido de cuartelazos. Sin embargo, la noción y la práctica de la violencia es completamente distinta a la de este periodo de reunión.

## El Partido Socialista y la violencia en sus primeros años

La formación del Partido Socialista en 1933 proyectaba una imagen de partido violentista en vista de la experiencia de 1932. Esto propició a que fueran los principales sospechosos

---

5 Este conflicto en torno a la idea de milicias obreras también fue documentado por diversas memorias militantes comunistas y socialistas. Tal son los casos de Óscar Waiss (1986) y Elías Lafferte (1961), e informes como el realizado por el sector hidalguista del Partido Comunista (1933, pp. 54 y 141-142).

ante posibles episodios de conspiración contra el gobierno de Alessandri, siendo fuertemente investigados por agentes del Estado, debido a las conexiones que poseían con sectores militares (Vial, 2001, pp. 258 y ss.; Plaza, 2015, p. 137; Lira y Loveman, 2014, pp. 126, 167-190; Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados de Chile. Sesión 28a. extraordinaria, 13 de marzo de 1933, pp. 1420-1421). Bajo estas acusaciones, Grove afirmaba que el socialismo no era una fuerza destructora, sino inspirada en una transformación organizada y profunda en la sociedad chilena. Aunque su origen fue un golpe de estado, el PS “no pretende como dicen algunos usar métodos terroristas y de procedimientos irracionales” (Núcleo, 1 de junio de 1934, pp. 14-16; *Consigna*, 19 de mayo de 1934, p. 3).

Al declararse en 1933 como un partido marxista, se podría llegar a pensar que colindaba con las nociones de violencia y revolución trabajadas por Marx, Engels y Lenin. La violencia, siguiendo los postulados de Marx y Engels, desempeñaba un papel importante en el desarrollo histórico, considerándola como la “partera de toda vieja sociedad que anda grávida de otra nueva” (Engels, 1968, pp. 177-178). En este sentido, siguiendo la matriz de Engels, la revolución per se era violenta, pero no necesariamente por la directa acción de los reventones o barricadas que caracterizaron los levantamientos populares del siglo XIX, sino por la resistencia que entregaba la burguesía hacia los momentos de cambios. Por dichos motivos, Lenin rememoraba la importancia de destruir el Estado burgués para “dar a luz” a la nueva sociedad comunista, pues consideraba al Estado como el instrumento burgués de la opresión violenta de la sociedad (Traverso, 2022, pp. 223-228; González Calleja, 2002, pp. 102-103).

El semanario oficial del PS, *Consigna*, retrataba una fuerte influencia de estos ideales en una editorial centrada en el significado de la revolución. Según se leía, para ellos, esta “no significa únicamente derramamiento de sangre, como pretende la burguesía, sino especialmente transformación violenta de un sistema dado. El derramamiento de sangre lo efectúa la clase dominante que la resiste” (*Consigna*, 18 de mayo de 1935, p. 3). A juicio de César Godoy Urrutia, “el sistema capitalista se apoya exclusivamente en la violencia”, en la explotación y represión de proletariado. En respuesta, la violencia de manos del proletariado estaba “llamada a convertirse en un precioso instrumento creador”, en contraposición de la “violencia destructora y negativa de la burguesía” (*Consigna*, 03 de agosto de 1935, p. 3). Pese a la radicalidad de dichos escritos, podemos observar que la noción de violencia o la preparación de la revolución no era tan radical como podría tomarse en cuenta.

En su primer diario partidista, *Acción*, el PS afirmaba que el camino de construcción hacia el socialismo debía seguir un plan de organización y doctrina en sus militantes. La toma del poder no consistía en una violenta conquista, sino “un acto cuya indicación y oportunidad depende, por una parte, de factores de preparación, engrandecimiento, entusiasmo y convicción vital de la masa trabajadora y sus sectores directivos” (*Acción*, octubre de 1933, p. 5). El PS mantuvo una posición de constante preparación doctrinaria del militante que relucía, en primer lugar, un respeto hacia la institucionalidad o las bases de esta al considerarla un aparato necesario para acelerar el proceso revolucionario sea a través de la Municipalidad o del Parlamento (*Consigna*, 03 de agosto de 1935, p. 4; Drake, 1992, p. 131). Utilizar la violencia para derrocar un gobierno, sin contar previamente con un plan de gobierno o una militancia que asegurara su triunfo, era “francamente una obra de desequilibrados mentales” (*Consigna*, 12 de octubre de 1935, p. 3). El PS ya no apoyaba “cuartelazos” violentos, ni “demagogias ni infantilismos” para lograr sus objetivos. La violencia comenzó a ser parte de una estrategia política



defensiva más que revolucionaria, y aquello es posible retratarlo en las Brigadas de Defensa y las Milicias Socialistas entre 1934 y 1940.

## De las Brigadas de Defensa a las Milicias Socialistas

En un principio, el PS rechazaba la existencia de grupos paramilitares al considerarles un impedimento en la institucionalización del civilismo. También afirmaban que la mantención de grupos de aquella índole, como las Milicias Republicanas, representaban “un atentado contra la seguridad interna del país” que potenciaba incluso una animosidad de guerra civil (Núcleo, 1º de noviembre de 1934, p. 27; Consigna, 19 de mayo de 1934, p. 4; Consigna, 16 de junio de 1934, p. 1; Jornada, 22 de diciembre de 1934, p. 1; Partido Socialista de Chile, 1933, p. 26; Meneghello, 2010, p. 279). En las giras parlamentarias, los socialistas fueron violentados por miembros de las Milicias Republicanas, o personas contrarias al ideario socialista de la época (Núcleo, 1º de noviembre de 1934, p. 24). La animosidad aumentó y dio como resultado una pública amenaza de muerte de parte de las Milicias Republicanas hacia figuras del PS como Marmaduke Grove, Carlos Alberto Martínez, Ramón Alzamora, Ricardo Latcham y Juan Rossetti, por considerarles agentes de la subversión y conspiradores del orden republicano. Aquello impulsó al PS a crear un Frente de Defensa Nacional contra el fascismo miliciano, llamando a “exclusivamente resistir el ataque a mano armada de las milicias republicanas”, oficializando la utilización de la violencia como un método de defensa de estos grupos armados en su II Congreso de 1934 (La Nación, 06 de mayo de 1934, p. 5; Consigna, 19 de mayo de 1934, p. 6; Núcleo, 23 de diciembre de 1934; Partido Socialista de Chile, 1940, p. 8; Valdivia, 1993).

Para el 4 de junio de 1934, las primitivas juventudes socialistas juraron “estar dispuesto al sacrificio” y ser “un soldado disciplinado en las filas de batalla de los trabajadores manuales e intelectuales” (Consigna, 09 de junio 1934, p. 8). Pero la institucionalidad de aquello no se dio hasta enero de 1935, cuando se crea la Federación Juvenil Socialista (FJS), un “organismo de lucha, agitación, propaganda y penetración doctrinaria” del PS; del cual también formaban parte las Brigadas de Defensa Socialista. Uniformadas e instruidas militarmente, eran definidas como los “organismos de choque” del PS y se encargaban de defender a los militantes como también simbolizar un modelo a seguir en cuanto a la militancia (Núcleo, enero de 1935, pp. 18-19; Ruta, 16 de febrero de 1935, p. 1).

Contrariando la ya expuesta tesis de “esterilidad” en torno a la violencia que poseían algunos fundadores del partido, en 1935 el PS consideraba que toda revolución era inevitablemente violenta debido a la resistencia que podía ejercer la burguesía a los cambios esperados. Ante esta resistencia, por lo demás armada en el naciismo o en las Milicias Republicanas, el PS poseía sus propias falanges: las juventudes, poseedoras de un “alma de lucha” y carácter para edificar el porvenir seguro del Partido y del socialismo (Schnake, 1938, p. 48; Consigna, 13 de abril de 1935, p. 4; Consigna, 20 de abril de 1935, p. 2). “La juventud socialista”, afirmaba la revista *Rumbo*, “tienen en nuestro país la misión histórica de señalar con valentía y oportunidad a la juventud explotada [...] el camino que ésta debe seguir para alcanzar el logro integral de sus reivindicaciones” (*Rumbo*, junio de 1936, pp. 9-10).

Los socialistas creían fervientemente en la violencia para defenderse de los ataques fascistas, pero no para construir y establecer el Estado nacional. Consideraban que la violencia

como método de gobierno, como proponían los nacis, era algo incivilizado e incluso catalogado como primate y cavernícola (Consigna, 1º de mayo de 1935, p. 2; Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados de Chile. Sesión 23ª ordinaria, 14 de julio de 1937, p. 667). En este sentido, los socialistas se representaban como defensores de las instituciones y libertades públicas “contra cualquiera tentativa de violencia reaccionaria” representada en la oligarquía y el fascismo (Zúñiga, 1938, p. 3); contrariando las visiones violentistas de nacis y las Milicias Republicanas (Valdivia, 2016).

Según los socialistas, “las fuerzas socialistas y de la izquierda deben *prepararse para defender la República y las libertades democráticas* y para imponer que sin vacilación alguna conquistará en las urnas y por medios legales y absolutamente correctos, el candidato del Frente Popular” (Consigna, 08 de agosto de 1936, p. 1 [énfasis es nuestro]). En otras palabras, era necesario prepararse para la arremetida de la derecha en su intento por llegar al poder, pero respetando la institucionalidad. Asimismo, la autodefensa era un tema de gran preocupación entre el socialismo ante el ascenso de las acciones violentas por parte de las Milicias Republicanas. Por lo mismo, señalaban que:

"La consigna más urgente de los partidos obreros y de la clase media que integran el Frente Popular, es defenderse de la Milicia fascista, creando su aparato de protección: la Milicia Obrera. El Partido Socialista tiene ya una Brigadas de defensa y su *deber es robustecerlas y prepararlas para contener las provocaciones de la burguesía miliciana*. [...] Contra las guardias pretorianas! Abajo las Milicias Mercenarias! Vivan las Brigadas de Defensa! Mueran las Milicias asesinas! Las armas del Ejército! De pie, trabajadores! Por la vida, el pan y la libertad! Arriba el Partido Socialista! Viva el Frente Popular!" (Consigna, 16 de mayo de 1936, p. 1 [énfasis es nuestro]).

El incremento de las acciones violentas por parte de sectores derechistas se veía con especial preocupación entre los socialistas, por lo mismo fueron avanzando en la creación de sus brigadas de defensa que tuviera como objetivo la confrontación con las Milicias Republicanas y las Tropas de Asalto Nacista. Según Orlando Millas, miembro de las FJS, el método de pelea de los socialistas en estos conflictos con la ‘peste parda’ consistía en “no matarlos, no convertirlos en mártires, sino simplemente herirlos, amedrentarlos, hacerles la vida imposible. Y lo conseguimos.” (Millas, 1993, pp. 109). Con el tiempo, estos enfrentamientos aumentaron y se radicalizaron ante el ingreso de una gran cantidad de militantes al PS y a las Brigadas de Defensa, representando, en la práctica, una firme fuerza de choque contra las milicias republicanas y nacistas. Aunque los socialistas no intentaban matar a los nacis, el PS tuvo una cantidad considerable de heridos y muertos, destacándose los tres casos emblemáticos de Manuel Bastías, Julio Llanos y Héctor Barreto.<sup>6</sup>

El primero de ellos se dio en octubre de 1935, donde tras una actividad organizada por fuerzas nacistas en Concepción, terminó siendo asesinado con una herida de bala el comandante de las FJS, Manuel Bastías. Ante este caso, el diario Consigna llamaba al proletariado a

---

6 Un análisis sobre la creación de los mártires del socialismo en la década de 1930, en el reciente trabajo de Diego Venegas (2022a).

“preparar sus cuadros propios de combate” y “fortalecer como un muro de hierro sus milicias defensivas”, y a los militantes socialistas a “estar alertas y apercebidos para esta lucha sin tregua ni cuartel, en que se definirá el porvenir revolucionario del país” (Consigna, 19 de octubre de 1935, p. 3). Fue tal el impacto de este caso para el PS, que incluso se llegó a crear una canción en memoria de Bastías (Witker, 1993, p. 266):

“El naciismo asesino y cobarde  
Tu vida de lucha con saña tronchó  
A mansalva tu cuerpo ultimó  
Con salvaje furor criminal.  
Esa sangre que fue derramada  
Por nuestro Partido allá en Concepción  
Es un grito de alerta y acción  
Que nos pide venganza y sanción.  
(Coro)  
¡Manuel Bastías,  
De temple y valor,  
Yace en tumba fría  
Por su gran amor  
Hacia el socialismo  
Que es la redención  
De los que sufrimos  
La explotación!  
Tu sepulcro no ha sido regado  
Con lágrimas tiernas, tiernas de hondo dolor  
Hemos ido hasta él a cantar:  
Marsellesa y la Internacional.  
Socialistas rindamos homenaje  
Al gran camarada que mártir murió  
Nuestra causa con fe defendió  
Y expirando, al Partido vivó.  
(Coro)

Como vemos, hay referencias explícitas respecto a la responsabilidad nacistas en la muerte de Bastías, así como también el ansia de venganza y de ejercer la violencia contra este grupo por parte de la militancia socialista.

El segundo es el caso de Julio Llanos, en abril de 1936 en la ciudad de Santiago, quien también fue baleado. Tras una actividad política en la que se proclamaban candidatos en la elección a Regidor, militantes socialistas fueron abordados por derechistas que los atacaron con palos y pistolas. En ese contexto, Llanos fue baleado para más tarde fallecer en la Asistencia Pública. En este caso, los autores fueron sectores derechistas que no eran nacistas, siendo reconocido por la misma víctima, el conservador Arturo Llona y el demócrata Germán Bobadilla (Consigna, 25 de abril de 1936, p. 1). Podemos observar que los enfrentamientos violentos no se dieron únicamente con los sectores nacistas, sino también con adherentes de otros sectores con los que rivalizaban políticamente.

Por último, está el caso del joven escritor socialista Héctor Barreto, asesinado a la salida del café Volga en Santiago en agosto del mismo año, esta vez por parte de nacistas. El periódico *Consigna* señalaba que Barreto fallecía “por la acción traidora de los chacales nacistas que están ensangrentando el suelo chileno en su afán desmedido de imponer en Chile el régimen de Hitler” (*Consigna*, 29 de agosto de 1936, p. 1). En este caso también se generó un impacto profundo en las filas socialistas, convirtiendo a Barreto en un mártir del socialismo (Moraga, 2009; Venegas Caro, 2022a), llegándose a crear una brigada con su nombre en símbolo de homenaje. En el himno de esta brigada se mencionan los enfrentamientos con nacistas y la responsabilidad en el crimen (Witker, 1993, p. 264):

“(…) Venció al fascismo cruel  
Que a su paso él encontró  
Dispuesto a sucumbir  
En el puesto de honor  
Ansioso de combatir  
Hasta el triunfo final  
Resuelto siempre a morir  
En la lucha por el bien (...)”.

Estos tres casos fueron bastante icónicos para el socialismo chileno, siendo una expresión clara del punto hasta el cual llegaba la violencia entre adversarios políticos. Asimismo, en vista de las víctimas, se ejercía un discurso entre la militancia que hacía un fuerte énfasis en la venganza y en el enfrentamiento hacia los nacistas:

"A la violencia insana y partidaria de los chacales nacistas, responderemos con la violencia", afirmó categóricamente el Secretario de la Seccional Santiago de la Federación Juvenil Socialista, camarada Óscar Moya. Y agregó, finalmente: "Los nacistas no podrán atropellar a la clase trabajadora ni velar a la juventud oprimida, porque en cada joven socialista encontrarán una valla insalvable sobre la cual ellos no pasarán" (*Consigna*, 29 de agosto de 1936, p. 3).

Una nueva fase de institucionalización de la política de violencia en el PS surgió con la fundación de la Milicia Socialista (MS) en febrero de 1938. Desde sus inicios se destacó por la fuerte militarización de su estructura, tanto en su forma de organización como en su lenguaje. En sus estatutos define que será integrado por las Brigadas de Defensa del PS y la Columna Juvenil Socialista, pudiendo tener la calidad de milicianos activos o milicianos de reserva. Aquellos quienes hubiesen hecho el servicio militar o la instrucción de las MS serían los milicianos activos y quienes no contaran con estas condiciones clasificarían como reservistas. Asimismo, también quedaba como miliciano de reserva aquel militante que no prestaba un servicio constante a la Milicia, en virtud de tener otro trabajo político, técnico o sindical (Partido Socialista de Chile, 1938a, p. 8). En esta misma dirección, las milicias constituirían cuerpos de reservas para también cooperar a las Fuerzas Armadas en la detención del avance fascista. A largo plazo, el Reglamento Disciplinario indicaba que uno de los propósitos era formar cuadros del “futuro EJÉRCITO REVOLUCIONARIO”, siendo fundamental en esta tarea el mantenerla como institución militar revolucionaria (Partido Socialista de Chile, 1938a, p. 16 [mayúsculas en original]). Por ello, hacen un repaso exhaustivo de instrucciones y movimientos militares fundamentales de infantería.

Por otro lado, se establece que las MS no pueden discutir la línea política del PS y, en el cumplimiento de sus funciones, no es deliberativa. También es importante señalar que, según estos mismos estatutos, el objetivo de la MS no es sólo la defensa en vista de las agresiones, sino que a su vez el “sostenimiento de la integridad, prestigio y postulados del PS y sus dirigentes, en la etapa inicial por la conquista del Poder y la implantación en Chile en forma definitiva del RÉGIMEN SOCIALISTA” (Partido Socialista de Chile, 1938a, p. 8 [mayúsculas en original]). En la misma línea, según su reglamento de defensa:

“Los partidos populares, de orientación marxista, reconocen esta realidad histórica [de lucha de clases] y por eso saben que, junto con crear cuadros disciplinados y fervorosos de militantes, tiene que crear también organismos de defensa que permitan desarrollar la labor de estructuración y capacitación de las masas trabajadoras, por un lado, y neutralizar, por otro, la acción de espionaje que la clase dominante ejerce entre las filas proletarias” (Partido Socialista de Chile, 1940, p. 9 [énfasis es nuestro]).

Es decir, se ve el uso de la violencia como una estrategia válida y necesaria para conseguir los objetivos políticos que tenían los socialistas chilenos. Según el mismo reglamento citado, las milicias debían estimular el celo, la fe y la disciplina socialista. Ya no se ve únicamente a esta organización como una fuerza de defensa ante los nacistas, sino que como un aparato del Partido que ayudaba a la formación ideológica de sus militantes, era, en palabras del PS, “una escuela de disciplina partidaria”, destinada a “defender la integridad y el honor de la Patria” y de la clase trabajadora (Partido Socialista de Chile, 1940, pp. 10-11).

## La Masacre del Seguro Obrero

El 5 de septiembre de 1938, un grupo de jóvenes nacistas intentaron provocar un Golpe de Estado contra el gobierno de Alessandri en favor de su candidato Carlos Ibáñez del Campo. Para ello, se tomaron el edificio de la Caja del Seguro Obrero, a pasos de La Moneda, amotinándose en los pisos superiores. Sin embargo, sus intenciones fracasaron al no ser apoyados por el ejército. El hecho no terminaría ahí, pues las Fuerzas de Orden del Estado acabaron acribillando a estos jóvenes que ya se encontraban rendidos, siendo asesinados la amplia mayoría de los golpistas (Valenzuela, 2017; Valdivia, 2017). Lo acontecido ese día fue repudiado transversalmente. El socialismo chileno se sumó a esta serie de críticas hacia el accionar del gobierno en la persona de César Godoy, quien, a nombre del PS, pronunció un discurso en el Parlamento, donde condenaba los crímenes perpetrados por el gobierno de Alessandri. En sus palabras, estos hechos no podían generar más que dolor y vergüenza por el “espectáculo macabro de violencia inútil y desorbitada”, impensada de suceder en el país (Partido Socialista de Chile, 1938b, p. 9).

Otra de las críticas del diputado socialista contra el gobierno radicaba en que, para ellos, el gobierno de Alessandri no distaba mucho de los gobiernos fascistas, por lo que el argumento por parte del Poder Ejecutivo y las Fuerzas Armadas del peligro del nazismo no justificaba tal masacre. Según Godoy, a diferencia de la derecha chilena, el socialismo sí podía hablar respecto a los peligros del nazismo y fascismo, pues lo habían combatido en la teoría y en los hechos desde 1934 (Partido Socialista de Chile, 1938b, p. 11).

Si bien las fuerzas nacistas eran los principales rivales de los socialistas en torno a la violencia política de aquellos años, esta matanza escapó de toda proporción en función de las condiciones en las que se encontraban. Por lo mismo, el socialismo chileno criticó duramente el accionar del gobierno de Alessandri.

## El Frente Popular y la desaparición de las Milicias

La estrategia frente populista, impulsada por Georgi Dimitrov de la III Internacional unió a la izquierda, en su amplio espectro, contra la guerra y la violencia que representaba el fascismo alemán e italiano. Por ello, el factor unificador de la izquierda sería la democracia y la reestructuración de la nueva sociedad por medio de la institucionalidad y reformas legislativas. El Frente Popular, a juicio de Geoff Eley, representaba una perspectiva gradual de revolución, el cual dependía de la imperiosa “necesidad de coaliciones con fuerzas no socialistas, la inevitabilidad de los periodos de moderación, consolidación defensiva y avance lento” (2003, pp. 267-269).

El contexto nacional reflejaba la posición en desventaja en que se encontraba la izquierda respecto al gobierno de Alessandri. La presencia de las Milicias Republicanas, los naxis, la persecución de los comunistas y socialistas bajo la acusación de incitar el desorden público con la huelga ferroviaria (1936), y, posteriormente la imposición del Estado de Sitio impulsaba a los socialistas a pensar que Chile se encontraba en una encrucijada marcada por el arribo o la institucionalización del fascismo. Por lo anterior, el PS comenzó a edificarse como un defensor de la República, del régimen democrático y las libertades públicas “amenazadas de muerte por la reacción fascista de las derechas” (Consigna, 05 de diciembre de 1936, p. 5). Luis Zúñiga secundaba esta postura, estableciendo que, bajo el lema “todo Chile contra el fascismo”, la misión del partido se trataba de mantener la defensa de las normas y garantías democráticas ante cualquier método de lucha, pues “están convencidos de que con tal actitud resguardan el patrimonio político del pueblo y la dignidad de la República” (Zúñiga, 1938, pp. 13-14).

Ya conseguido el triunfo en octubre de 1938, los inicios en el gobierno fueron dificultosos en cuanto a la reacción política de la oposición. El temor hacia un golpe militar contra Pedro Aguirre Cerda estuvo presente desde el reconocimiento electoral de su triunfo, como también en el episodio conocido como el “Ariostazo” (agosto de 1939). Ambos sucesos fracasaron por el leve apoyo popular y militar que poseían los conspiradores. En ambas ocasiones, las MS se organizaron para defender la institucionalidad del Estado y el gobierno del cual formaban parte. Según se publicaba en el diario *Consigna*, las milicias habían sido un “factor decisivo del fracaso reaccionario” y felicitaban el compromiso y “cumplimiento de su deber” de sus milicias y su despliegue en apoyo al ejército que respetó el mandato del presidente Aguirre Cerda (Consigna, 19 de noviembre de 1938, p. 1; Consigna, 27 de agosto de 1939, p. 1). Como replicaba el entonces diputado por Concepción, Natalio Berman, para el PS las milicias representaban “las amarras de cemento del Gobierno del Frente Popular” (Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados de Chile. Sesión 36ª ordinaria, 28 de agosto de 1939, p. 2283).

Sin embargo, las principales acciones efectuadas por las milicias no fueron representativas a una acción directa. Según confirma el comandante nacional de las Milicias, José Rodríguez Corces, estas no fueron necesarias, pues el Ejército rápidamente detuvo a las fuerzas sublevadas. El rol de las milicias consistió en un acuartelamiento “después de haber, una vez

más, jurado entregar su vida en defensa del triunfo del 25 de octubre” (Partido Socialista de Chile, 1940, p. 12). Estos hechos demuestran el uso de las milicias también para los propósitos políticos, pues estaban defendiendo el gobierno del cual ellos formaban parte. De tal forma, se veía a la existencia de las Milicias Socialistas, esta vez ya constituidas oficialmente, como una fuerza de defensa del gobierno del Frente Popular. Asimismo, estimaban que la defensa del legítimo triunfo de Aguirre Cerda y evitar el intento sedicioso “Ariostazo” sería una forma de proteger a la democracia y a la institucionalidad del Estado.

Con el paso del tiempo y el avance del gobierno del Frente Popular, las diferencias internas en el PS se acrecentaron. Si bien siempre hubo opiniones diversas respecto a ser parte de esta alianza, al cumplir un año de gobierno, las tensiones aumentaron y se intensificaron llegando a dividir al partido con la formación de los “inconformistas”, quienes en 1940 fundaron el Partido Socialista de los Trabajadores. Esta disputa también afectó a las MS, protagonizando diversas rencillas y enfrentamientos entre militantes y antiguos camaradas tanto en los congresos políticos como en las calles (Millas, 1993, pp. 224-225 y 255; Waiss, 1986, pp. 65 y 73); lo cual, según Goicovic (2021, pp. 75-76) responde a la cercanía que poseían a la estructura de dirección del Partido, siendo utilizadas como un instrumento “regular” para aplastar a los opositores.

En este contexto, el PS intervino las FJS, tratando la reorganización de esta, designando una nueva dirección cercana al oficialismo del partido, con Raúl Ampuero en la cabeza. Según las memorias de Orlando Millas, “fue un mandato al estilo militar, de ‘no te muevas’. Un grupo de las Milicias Socialistas que tomó previamente posiciones en el American Stadium aplaudió con tono agresivo”, añadiendo posteriormente que, al momento de retirarse del recinto, los “milicianos socialistas andaban por las calles de Rancagua en son de provocar y no faltaron algunas escaramuzas. Parecía imposible evitar el espectáculo de una lucha física y en algunos incidentes participó el propio Ampuero” (Millas, 1993, pp. 224-225). Todo esto, nos ayuda a reafirmar la participación directa de las MS en episodios violentos e internos de la militancia.

El caso más explícito de estas disputas internas fue el sucedido en abril de 1940 con el dirigente inconformista Pablo López, quien en medio de un conflicto relacionado al nombramiento del nuevo secretario de la seccional de la segunda comuna de Santiago, fue asesinado a tiros por miembros de la MS. Respecto a este suceso, el periódico socialista *Consigna* señalaba la responsabilidad del funesto hecho a los mismos inconformistas:

“Ante esta lamentable desgracia, el C.C.E. [Comité Central Ejecutivo] declara que la provocación fue planteada y conducida con toda frialdad por los elementos divisionistas y lamenta profundamente el derramamiento de la sangre de sus miembros que, arrastrados a torpes aventuras por la acción obcecada e irresponsable de hombres personalistas no han trepidado en llegar a estos extremos que sólo benefician a los enemigos del pueblo. El C.C.E. ha agotado todos los medios conciliadores para impedir que se produzcan situaciones como la que ahora tenemos que lamentar, pero, desgraciadamente, su actitud no ha sido ni comprendida ni acatada. *Carguen, pues, con la responsabilidad quienes han provocado estos incidentes internos*” (*Consigna*, 20 de abril de 1940, p. 1 [énfasis es nuestro]).

Este acontecimiento, según diversos autores, fue lo que precipitó e hizo inevitable la división del socialismo chileno (Waiss, 1986, pp. 75-76; Goicovic, 2021, p. 76; Valdivia, 1993, pp.

177-178). Para Verónica Valdivia, estos hechos que involucraron a la MS dieron espacio a las críticas por parte de la derecha respecto su propia existencia, pues no cabría en un régimen democrático una estructura de dicha naturaleza. La misma autora señala que este y otros sucesos de violencia debilitaron la imagen pública de las MS (Valdivia, 1993, p. 178). Igor Goicovic complementa esta idea considerando que la muerte de López representó una “herida mortal” para el sustento de las MS (Goicovic, 2021, p. 76). La verdad, es que el actuar miliciano ya no se mostraba como una organización de defensa ni de ataque únicamente contra sectores de derecha, sino también como un detonador de violencia al interior del propio socialismo. Aquello provocó la desviación del objetivo principal con el que había nacido y caminado en sus primeros años.

Finalmente, en virtud de la paulatina eliminación de este tipo de organizaciones “paramilitares” que buscaba el gobierno de Aguirre Cerda, las apariciones públicas de las MS fueron decreciendo hasta el punto de no ser un actor protagónico de la política como lo había sido en los años anteriores. Aquella disipación fue acrecentada con la llegada de Arturo Olavarría al Ministerio del Interior, en diciembre de 1940, pues el mismo día en que juramentó ante el presidente envió un documento explícito de medidas de seguridad internas aplicables con inmediatez a todos los diarios del país. Dentro de estas medidas, es relevante rescatar el artículo N°5, el cual, según señalaba el diario La Nación:

“No se permitirá la existencia de grupos armados o milicias de ningún orden que se hayan fundado o pretendan organizarse, sea con esa denominación o con cualquiera otra. Las fuerzas de orden de la República, a las que el gobierno desea dotar de la mayor eficiencia técnica y material, son las únicas que deben ofrecer garantía de resguardo de la seguridad nacional. De ellas responde plena y absolutamente el Presidente de la República” (La Nación, 24 de diciembre de 1940, p. 14; Olavarría Bravo, 1962, p. 444).

Ante esta situación, los socialistas reaccionaron molestos contra las medidas tomadas por Olavarría, acusándolo a él y a Aguirre Cerda de iniciar una “Beligerancia Anti-Socialista”, añadiendo que:

“El señor Olavarría se lanza también en una forma directa contra el P. Socialista al pretender colocar al margen de la ley a sus heroicas Milicias y que desde el instante mismo de su constitución no han hecho otra cosa que colocarse a la disposición de las Fuerzas Armadas del país. ¿Por qué el señor Olavarría, justamente en los momentos en que todo el Partido nuestro dibuja una línea de claro sentido nacional y de indudable espíritu de superación en el Frente Popular para afianzar la política de S.E., ¿Por qué el señor Olavarría trata de “clavarle un puñal por la espalda” al socialismo, igual que lo hiciera –según sus propias declaraciones– Arturo Alessandri con su persona? (Consigna, 26 de diciembre de 1940, pp. 1 y 8)

Como vemos, el interés de acabar con las organizaciones de estas características era una tarea propuesta por Aguirre Cerda con la finalidad de acabar con la violencia ejercida entre estos grupos, especialmente si tenían un carácter paramilitar o armado. Para algunos autores (Valdivia, 1993; Goicovic, 2021), tras este decreto las MS desaparecieron y fueron eliminadas por el Partido. Sin embargo, y siguiendo el trabajo de Diego Venegas, las milicias siguieron estando presentes



en actividades internas del PS. A juicio del autor referenciado, estas fueron paulatinamente convirtiéndose en una especie de guardia personal de Grove y sus cercanos (Venegas, 2022b, p. 183).

Por otra parte, consideramos que también existen otros factores importantes a considerar. Para las elecciones parlamentarias de 1941, el Frente Popular era un recuerdo y los socialistas se enfrentaban a inconformistas y comunistas por la representación de la clase obrera. Según señala el periódico *Consigna*, entre estos enfrentamientos verbales, también se llegó al acto violento en una convocatoria electoral en Valparaíso. En estos altercados habrían estado entrometidos comunistas y socialistas, donde las milicias se encargaron de defender a los militantes, demostrando, a su juicio, que no eran los provocadores de la violencia, “pero que tampoco admitiremos la agresión a mano armada”. En palabras de Grove, el PS “por el momento no auspiciaba un movimiento sangriento, sino que regula su lucha por medio de las prerrogativas que la Constitución y la Ley le permitían a un partido que representa el sentir de la soberanía nacional” (*Consigna*, 25 de marzo de 1941, p. 6).

La violencia fue, gradualmente, dejada de lado por la cúpula partidaria y sus planes políticos. En aquel contexto encontramos la disolución de las MS en el IV Congreso Extraordinario del PS (1943). Allí, el entonces Secretario General, Salvador Allende, justificaba esta reorganización de las estructuras partidistas bajo “el hecho de que la acción de las Milicias del Partido hubiere dado motivo a luchas de orden personales, a querellas que, en un instante, degeneraran o pudieran degenerar en actitudes de violencias entre camaradas del Partido [...]” (Partido Socialista de Chile, 1943, pp. 15-16). Esto nos da a entender que se corría el peligro de que miembros de las MS fueran utilizadas por diversos caudillos del partido, y que, rememorando lo sucedido en 1940 con López, no estaban dispuestos a dar cabida a nuevas divisiones y rencillas violentas entre sus militantes.

## Conclusiones

A lo largo de esta investigación intentamos visibilizar cómo fue mutando el uso y la visión de la violencia política que tenían los grupos socialistas previo y posteriormente a su institucionalización oficial. En un principio, había una apertura a la idea de utilizar la violencia para obtener el poder, ya sea a través de una revolución y/o con el apoyo de las Fuerzas Armadas, aunque persistían nociones cercanas a la vía electoral como un medio plausible hacia la conquista del Estado. Finalmente, con el caso de la República Socialista podemos observar que la visión predominante decantó en la validación del uso de la violencia como un mecanismo práctico hacia conquista del poder. Por otra parte, tras su institucionalización como partido legal e integrarse al sistema político ya existente, la violencia no fue utilizada ni observada como un método político viable, sino más bien como una herramienta destinada, por un lado, hacia la defensa de la democracia y las instituciones del Estado y, por otro lado, como un instrumento para la defensa de la clase popular.

Las fuentes nos indican que la importancia del Estado y la presencia de un sistema que respetase la libertad e igualdad de los ciudadanos les permitía justificar hechos violentos como lo fue el Golpe de Estado de 1932. La mantención de las garantías democráticas respaldaba a los socialistas en su lucha por lograr cambiar las bases de un Estado que, desde la perspectiva de ellos, no garantizaba estos principios. Sin embargo, avanzando la década y una vez ya oficializada la existencia del Partido Socialista de Chile, cambió la orientación en el uso de la violencia, pues, como se dijo más arriba, ya no era para obtener el poder, sino que un método de autoprotección

para su militancia y una defensa de la institucionalidad. Esto aumentó tras la adhesión a la política frentepopulista por parte del PS en 1936, pues en estos años crecieron los grupos paramilitares como las Milicias Republicanas y se expandió el fascismo alrededor del globo. Acá se incluye tanto una defensa a la militancia socialista en general y el peligro que conllevaba los choques con los adversarios políticos, así como también la defensa del Gobierno del Frente Popular, tras lo ocurrido ante el triunfo de Pedro Aguirre Cerda y también del “Ariostazo”.

Con el pasar de los años y tras constantes enfrentamientos con otras expresiones políticas, siendo las más violentas aquellos con los nacistas, nuevamente hubo un viraje en la estrategia del uso de la violencia. Tras la instalación del gobierno de Aguirre Cerda en 1938, la vía de acción pasó de un método de defensa hacia uno orientado a concretar los objetivos políticos del momento. Esto llegó a afectar incluso la estructura interna pues esta violencia se ejerció también entre camaradas de partido (v.gr. el caso de López). En definitiva, la violencia política del primitivo PS osciló entre diversas finalidades en virtud de las necesidades básicas e inmediatas del partido.

## Referencias bibliográficas

### Fuentes de Archivo

- Archivo Nacional de Chile (ANCh).
  - Fondo Intendencia de Santiago (FIS), vols. 790, 792, 801, 805.
  - Fondo Varios – Manuel Hidalgo (FVMH), vol. 1327.
- Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados de Chile
  - Sesión 28ª extraordinaria, 13 de marzo de 1933.
  - Sesión 23ª ordinaria, 14 de julio de 1937.
  - Sesión 36ª ordinaria, 22 de agosto de 1939.

### Prensa

- *Acción* (Santiago, 1933).
- *Consigna* (Santiago, 1934-1941).
- *Crónica* (Santiago, 1932).
- *El Mercurio* (Santiago, 1931-1932).
- *El Nuevo Sucesos* (Santiago, 1932).
- *La Mañana* (Santiago, 1932).
- *La Nación* (Santiago, 1932 y 1940).
- *Núcleo* (Valparaíso, 1934-1935).
- *Rumbo* (Santiago, 1936).
- *Ruta* (Antofagasta, 1935).

### Folletos y libros

- Acción Revolucionaria Socialista (1932). *Declaración de principios y programa*. Santiago.
- Corvalán, A. (1932). *Estudio crítico del Plan Dávila*. Santiago: Universidad Carlos Marx.

- Partido Comunista de Chile. (1933). *En defensa de la revolución. Informes, tesis y documentos presentados al Congreso Nacional del Partido Comunista a verificarse el 19 de marzo de 1933*. Santiago: Editorial Luis Emilio Recabarren.
- Partido Socialista de Chile. (1933). *La relegación de Grove (Documentos parlamentarios)*. Valparaíso: Editorial Chilena.
- Partido Socialista de Chile. (1938a). *Estatutos de las Milicias Socialistas*. Santiago: Imprenta Darricarrere.
- Partido Socialista de Chile. (1938b). *Los sucesos del 5 de septiembre. Medular discurso de César Godoy Urrutia*. Santiago: Imprenta La Sud-América.
- Partido Socialista de Chile. (1939). *Homenaje al 6° Aniversario del Partido Socialista*. Santiago.
- Partido Socialista de Chile. (1940). *Reglamento Nacional de Defensa*. Santiago: Departamento de Publicaciones del Partido Socialista de Chile.
- Partido Socialista de Chile. (1943). *IV Congreso Extraordinario del Partido Socialista. Antecedentes, informes, acuerdos y conclusiones. Realizado en Valparaíso en agosto de 1943*. Santiago: Talleres Gráficos Olmos.
- Partido Socialista Independiente. (1931). *Declaración de Principios del Partido Socialista Independiente*. Santiago: Imprenta N. Gorodischer.
- Schnake, Ó. (1938). *Política Socialista*. Santiago.
- Witker, A. (Ed.). (1993). *Historia Documental del Partido Socialista de Chile*. Concepción: Instituto de Estudios Latinoamericanos.
- Zúñiga, L. (1938). *El Partido Socialista en la política chilena*. Santiago: Imprenta Cóndor.

## Bibliografía

- Arrate, J. y Rojas, E. (2003). *Memoria de la izquierda chilena. Vol. 1. 1850-1970*. Santiago: Ediciones B.
- Aróstegui, J. (1994). *Violencia, sociedad y política. La definición de la violencia*. En Ayer, N°13, 17–55.
- Bonnassiolle, M. (2016). “A ganar las calles y cambiar la nación. Conflictividad social, violencia y represión estatal en la lucha antifascista y antimarxista en Chile, 1932- 1938”. Tesis para optar al grado de Magíster en Historia. Universidad de Santiago de Chile.
- Bravo, V. y Pérez, C. (eds.). (2022). *Huelgas, marchas y revueltas. Historia de la Protesta Popular en Chile, 1870-2019*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Charlin, C. (1972). *Del Avión Rojo a la República Socialista*. Santiago: Quimantú.
- Cruz, L. (2021). *Presentación*. En Alvarado, M., Alfredo Lagarrigue. Un positivista precursor de la vía chilena al socialismo (pp. 9–14). Santiago: LOM Ediciones.
- Devés, E. y Díaz, C. (eds.) (1987). *El pensamiento socialista en Chile. Antología, 1893-1933*. Santiago: Documentas.
- Díaz, J. (2002). *Militares y socialistas en los años veinte. Orígenes de una relación compleja*. Santiago: Editorial Universidad ARCIS.
- Drake, P. (1992) *Socialismo y populismo. Chile, 1936-1973*. Valparaíso: Ediciones Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.
- Engels, F. (1968). *El Anti-Dühring*. México D.F.: Grijalbo.
- Eley, G. (2003). *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.

- Goicovic, I. (2017). *La noción de violencia revolucionaria en el Partido Socialista de Chile (1965-1973)*. En Díaz Araya, A., González Miranda, S., Ruz Zagal, R. y Salazar, P. (eds.), *Wayra. Nuevos vientos en la historiografía chilena* (pp. 19–38). Arica: Ediciones Universidad de Tarapacá.
- Goicovic, I. (2021). *Inestabilidad, conflictividad y violencia política en Chile, 1925-1941*. En *Historia Caribe* (vol. 16, no 39), 59–92.
- Goicovic, I. (2022). *Estado oligárquico y protesta popular en Chile (1810-1891)*. Santander - Valparaíso: Ediciones de la Universidad de Cantabria - América en Movimiento.
- Goicovic, I. et.al. (eds.). (2013). *Escrita con sangre. Historia de la violencia en América Latina: siglos XIX y XX*. Santiago: Ceibo Ediciones.
- Goicovic, I. y Vasallo, J. (eds.). (2018). *América Latina. Violencias en la Historia*. Valparaíso: América en Movimiento.
- González Calleja, E. (2002). *La violencia en la política. Perspectivas teóricas sobre el empleo deliberado de la fuerza en los conflictos de poder*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- González Calleja, E. (2017). *Asalto al poder. La violencia política organizada y las ciencias sociales*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Lafferte, E. (1961). *Vida de un comunista. Páginas autobiográficas*. Santiago.
- Lira, E. y Loveman, B. (2014). *Poder Judicial y conflictos políticos. Vol. 1. Chile, 1925–1958*. Santiago: LOM Ediciones – Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- McEvoy, C. y Cid, G. (2021). *Terror en Lo Cañas. Violencia política tras la Guerra del Pacífico*. Santiago: Taurus.
- Millas, O. (1993). *La alborada democrática en Chile. Memorias. Vol. I. 1932-1947*. En *tiempos del Frente Popular*. Santiago: CESOC.
- Meneghello, R. (2005) “Eugenio Matte Hurtado (1896-1934). Un caudillo socialista”. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad Finis Terrae.
- Meneghello, R. (2012). *Complot y subversión en los orígenes de la República Socialista*. En “Perspectivas jóvenes sobre la Historia de Chile” (pp. 203–222). Santiago: Ediciones Universidad Finis Terrae.
- Meneghello, R. (ed.). (2010). *Eugenio Matte Hurtado. Textos políticos y discursos parlamentarios*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana - LOM Ediciones.
- Moraga, F. (2009). *El asesinato de Héctor Barreto y la cultura política de la izquierda chilena en la década de 1930*. En *Universum*, (Vol. 2, N°24), 114–138.
- Olavarría Bravo, A. (1962). *Chile entre dos Alessandri. Memorias políticas. Vol. I*. Santiago: Nascimento.
- Plaza, C. (2015). “Vigilancia, represión, excepción. El Servicio de Investigaciones y la policía política en Chile (1933-1948)”. Tesis para optar al grado de Magíster en Historia. Universidad de Santiago de Chile.
- Pérez Carreño, L. (2012). “El Partido Socialista de Chile y la relación colaborativa entre militares y socialistas en su proceso formativo”. Tesis para optar al Grado de Licenciada en Historia, Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Pozzi, P. y Pérez, C. (eds.). (2012) *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*. Santiago: LOM Ediciones.
- Ramírez Necochea, H. (1985). *Fuerzas armadas y política en Chile (1810-1970). Antecedentes para una historia*. La Habana: Casa de las Américas.
- Sagredo, R. (ed.) (1998). *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del “Cielito Lindo” a la Patria Joven*. Santiago: DIBAM.
- Schnake, F. (2019). *Las políticas militares en el Partido Socialista y el Partido Comunista ante la violencia del Movimiento Nacional Socialista de Chile, 1933-1938* [Tesis para optar al Grado de Licenciado en Historia]. Universidad de Chile.

- Traverso, E. (2022). *Revolución. Una historia intelectual*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Valdivia, V. (1993). *Las milicias socialistas (1934-1941)*. En Mapocho (no 33), 157–180.
- Valdivia, V. (2000). *Democracia, Fuerzas Armadas y Estado*. En Garcés, M. et. al. (eds.). *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX* (pp. 157–163). Santiago: LOM Ediciones - Universidad de Santiago de Chile - ECO.
- Valdivia, V. (2016). *La milicia republicana. Los civiles en armas, 1932-1936*. Valparaíso: América en Movimiento.
- Valdivia, V. (2017). *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*. Santiago: LOM Ediciones.
- Valdivia, V. (2020). *Entre la ley y la violencia política: los rostros de las derechas chilenas, 1925-1973*. En *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (vol. 31, no 1), 17–38.
- Valenzuela, E. (2017). *La Generación Fusilada. Memorias del nazismo chileno (1932-1938)*. Santiago: Universitaria.
- Venegas, D. (2022a). *Revolución, sangre y lucha. Los primeros mártires del Partido Socialista de Chile en la época de las milicias (1933-1937)*. En *Revista Encrucijada Americana* (vol. 14, no 2), 68–84.
- Venegas, D. (2022b). “Violencia política en el sistema de partidos chileno (1932-1948)”. Tesis para optar al grado de Doctor en Historia. Universidad de Concepción.
- Vial, G. (2001). *Historia de Chile (1891-1973). Vol. V. De la República Socialista al Frente Popular (1931-1938)*. Santiago: Zig-Zag.
- Waiss, O. (1986). *Chile vivo. Memorias de un socialista, 1928-1970*. Madrid: Centro de Estudios Salvador Allende.